

rita, el mas sublime, y el mas propio de la generosidad mexicana, el de nuestros recores. Depongámoslos, pues, en el altar de la patria, y sea un abrazo estrecho de reconciliación y de concordia, la ovacion que le presentamos en este dia unáimemente cesantemente en derredor del actual gobierno que es paternal e ilustrado: no olvidemos aquellas sentidas palabras de un escritor distinguido: Nada hay imposible á los que estan unidos, sea para hacer el bien, ó sea para hacer el mal. El dia en que esteis unidos será el dia de vuestra restauracion.—Cuando los hijos de Israel estaban oprimidos en la tierra de Egipto, si cada uno, olvidando sus hermanos, hubiera querido libertarse solo, ninguno lo habria conseguido; todos lo hicieron juntos, y nadie los detuvo.

Miñstre General Santa-Anna! mexicano digno y magnánimo! si el ábil despacho de los negocios públicos os deja libre un momento, dedicadlo á contemplar la emocion patriótica que inunda hoy al pueblo potosino: vedlo congregado aplaudiendo vuestro heroismo y dilatando vuestra fama y dignos aceptar el presente afectuoso, que por el débil órgano de mi voz os envia de enhorabuena, por vuestro feliz regreso al suelo patrio: de admiracion, á vuestros hechos insignes de adhesion y respeto, á vuestra persona honorable.—*No dicho.*

En el titulo de opordio la indagabundencia y la moral pública y las leyes los hechos con tanto poder y las ciencias las ciencias con tanta y pomposas teorías. El mas que lo que prefere del vasto dilatado imperio de Grecia y Romana y de las opulencias Repúblicas Griega y Romana la memoria de que consisten. Y que capta á nosotros y á nuestros hijos si las sucesiones padon y opordio eternas justicias la condicion de los mexicanos entonces á los enemigos de nuestra gloria y las generaciones venideras escarcelan nuestra memoria y maldiciones tambien nuestro nombre.

Pero no potosino, sin tiempo de salvar á la nacion y la Providencia nos da de ello un signo manifesto, en la venida inesperada del vencedor de Tampico: un solo sacrificio se nece-

REPUBLICA MEXICANA

SEÑALES

JOSE LUIS Y JOSE ANTONIO BARRAGAN,  
PARA LLENAR LOS DESEOS DEL NIETO Y DEL HIJO  
JUAN B. BARRAGAN,  
CONSAGRAN A LOS JÓVENES Y A LOS NIÑOS DE LAS ESCUELAS

DEL ESTADO DE SAN LUIS  
la reimpresion del discurso cívico, pronun-  
ciado el 16 de Setiembre en el Colegio  
de San Nicolás de Hidalgo de Morelia.

DESEANDOLES CONSERVEN EN SUS CORAZONES  
LOS PRINCIPIOS DE MORAL  
QUE LES RECOMIENDA EL AUTOR.

Los principios de moral que les recomienda el autor.

JOSE LUIS Y JOSE ANTONIO BARRAGAN,  
 PARA LLENAR LOS DESEOS DEL NIETO Y DEL HIJO  
**JUAN B. BARRAGAN.**  
 CONSAGRAN A LOS NIETOS Y A LOS HIJOS DE LAS ESCUELAS  
**A LA JUVENTUD**  
**POTOSINA Y MICHOACANA,**  
 la reimpresion del discurso pronunciado el 16 de Septiembre en el Colegio  
**SU AUTOR**  
 Dedicacion a la infancia; en testimonio  
 DESEANDOLE CONSERVEN EN SUS CORAZONES  
 de cariño.  
 LOS PRINCIPIOS DE MORAL  
**QUE LES RECOMIENDA EL AUTOR.**



**SEÑORES.**

**H**ace treinta y nueve años que habiendo sonada en los decretos del Altísimo la hora de la emancipacion de México, el cura D. Miguel Hidalgo y Costilla concibió el atrevido proyecto de dar la libertad á su patria, arrancándola del poder formidable de la metrópoli española. Dos frases las mas sencillas y comunes fueron el preludio de esa empresa la mas árdua que concebirse pudiera. Dos palabras nada mas fueron el fuego eléctrico de que se valió para conmover á los habitantes de Anáhuac, despertar los del sueño en que yacían y prepararlos á un combate de muerte, cuyo desenlace debía ser el triunfo de la opresion ó de la justicia. Dos palabras nada mas; pero dos palabras omnipotentes: ó irresistibles, porque eran el grito de entusiasmo que lanzaba un pueblo al ver brillar en su calmoso horizonte los destellos purísimos de la luz de la libertad. A esta voz de huracán, el trono de Castilla se cimbró como se cimbran las montañas cuando las sacude el terremoto; el coloso de trescientos años vaciló, como vacila un hombre herido de muerte, entró en las convulsiones mas espantosas de la agonía; pero comprendiendo su situacion y temiendo que la presa se le escapara de las manos, hizo un esfuerzo sobrenatural, aceptó el desafío y se arrojó á la lucha. Vosotros sabéis lo demas.

Desde ese dia memorable en los anales de nuestra historia, México entró en una carrera de penalidades y de sufrimientos. De cruentos sacrificios y de inauditos martirios. Sus vírgenes y férraces campos, así como sus grandes y populosas ciudades, se convirtieron desde entónces en teatro de la mas desastrosa guerra y de la carnicería mas horrible. La soledad y el silencio de los primeros desapareció ante el número casi infinito de los patriotas defensores y ante el estruendo de sus armas, y el estallido del cañón y las vociferaciones militares vinieron á interrumpir el quietismo sepulcral y la cansada monotonía en que estaban hundidas las segundas, hacia mas de sesenta lustros. A la voz de la patria todos sus hijos se conmovieron simultáneamente, como varias personas á quienes se les dispara una descarga eléctrica. Los ministros del santuario y los hombres de estado, los ricos y los pobres, los sábios y los ignorantes, todos corrieron á las armas con presura al oír resonar en el Anáhuac el nombre caro y consolador de libertad. Mil esclavos opusieron inútilmente los opresores á su patriótica decision y á su heróico denuedo. Su brazo lo guiaba la justicia de la causa, y por esto mismo era poderoso é invencible. Pero su laudable objeto y sus puras intenciones no los podía

poner á cubierto de la ley tremenda de los peligros y de los combates. Eran hombres al fin, y aunque mas dignos de este carácter que sus degenerados descendientes, tuvieron que sucumbir en mala hora ante la cuchilla enemiga. Su sangre idolatrada corrió por el suelo, por quien la derramaban, como la agua corre en nuestros arroyos. Un solo día no pasaba sin que sus preciosas vidas no se inmolaran en holocausto en las aras de la patria. Pero cada víctima producía mil nuevos defensores, y cada sacrificio eran otras tantas simpatías que conquistaba la causa santa de la independencia. Tantos trabajos y tantos sufrimientos, tantos mártires y tanta sangre derramada, era preciso que fueran premiadas al fin por el cielo con el laurel del triunfo y con la corona de la victoria. Lo fueron en efecto; y vosotros sabéis, señores, que nel 27 de Setiembre de 821 fué el día mil veces bendito y venturoso en que se colocó llena de magestad y de atractivos entre las naciones soberanas del universo. Este fué el día señalado allá en los decretos de la Divina Providencia, para que quedaran reducidas á pedruzcos las cadenas que por tanto tiempo atrastró nuestra infatigada patria. Ese fué el día solemne por excelencia en que todo quedó consumado: la destrucción del poder absoluto de la Iberia: los sacrificios heroicos de nuestros padres y con esto la consecución del inapreciable y precioso derecho de libertad. ¿Qué mas podía apetecer? En sus manos estaba ya la clave de los bienes: á sus pies quebrantado el obstáculo que se oponía á su esplendor y á su grandeza, y á su disposición el grande y omnipotente medió para ser extraordinariamente feliz. ¿Pero lo fué en efecto y lo ha sido despues? Señores: un pensamiento horroroso y sombrío como el espectáculo que precede á las negras tempestades, acaba de pasar en este instante por mi espíritu, zanjandole con toda la fuerza con que Dios descubre los abismos del Océano, cuando lo agitan las tormentas. Pero no temáis que os lo manifieste. No seré yo quien venga á arrojar sobre este cuadro del mas justo regocijo, los negros paños de la muerte, ni las zetas penetrantes del dolor. ¡No permita Dios que mis labios se desplieguen para entrar en reprimendas odiosas! Emudezcan primero para siempre antes que profanar la presencia venerable de ese monumento sencillo, pero augusto, que la gratitud y el patriotismo han levantado al héroe de Dolores, al gran patriarca de la libertad mexicana. En este día destinado á tributar un homenaje de reconocimiento al hombre singular que nos enseñó á ser libres, toda idea que no sea á él ó por él dirigida, es un crimen imperdonable. Seria un fraude ingrato y desleal distraerle unos sentimientos que hoy mas que nunca le pertenecen de justicia, y que son suyos, absolutamente suyos. El lugar en que nos encontramos merece ademas nuestro

respeto y nuestra veneracion. En él, acaso en este mismo sitio y recargado en esta tosca columnata le asaltó la idea fecunda y feliz de abrirnos un porvenir de gloria y de ventura. Aquí tal vez fué el nuevo huerto en donde á pesar de su alma grande y magnánima, sudó su frente y flaquearon sus rodillas ante el aspecto imponente y amenazador de esa empresa, que por sus circunstancias pareceria fabulosa, si no fuera cierta.

Por otra parte, señores: bastante dignos de consideracion y de lástima somos todos con haber sido tan desgraciados. Tocar, pues, cualesquiera de esas fibras delicadas y sensibles, que tan despiadadamente han sido heridas por otros, seria abusar de la posicion que guardo en este instante. Yo, ademas, me constituiria en un órgano arbitrario, y obraria de una manera opuesta á los sentimientos de la juventud de este establecimiento, que sabe olvidar toda opinion cuando la desgracia oprime. ¿Y qué dia mas á propósito pudiera presentarse para dar una prueba de sus ardientes deseos por una reconciliacion sincera y de buena fé, hija de la participacion en el infortunio y en los temores del espantoso porvenir? ¿Qué dia mas á propósito y qué circunstancias mas adecuadas para deponer todos los odios y todas las diferencias que nos han conducido y nos están conduciendo hasta la orilla del precipicio? ¿Verid, pues, hombres de todas comuniones! la juventud os convoca para que vengaís á jurar en el altar de la patria una union sólida y perpetua. Ella olvida para siempre los terribles cargos que pudiera hacerlos por las dilapidaciones de su herencia con el noble objeto de que su homenaje al ilustre padre de la independencia sea mas aceptable á sus ojos, y de despejar un tanto ese futuro espantoso que la espera. Venid, todo está preparado. El altar será el de la libertad: el templo, el de las ciencias. Confundidos así por unos mismos sentimientos, por unos mismos deseos y un mismo y único objeto, podré repasar en compañía de vosotros con mayores ventajas las insignes hazañas y los nobles esfuerzos que hizo el hombre inmortal que hoy celebramos, para darnos la patria que tenemos y la independencia de que gozamos. Pero qué he dicho, señores? ¿podrian mis labios referir fielmente y elogiar como merecen todas las acciones del héroe de Dolores? ¿podria aunque quisiera encarecer como es debido esa intrepidez inaudita, esa profunda prevision y aquel desinterés á toda prueba que forman las principales dotes de la alma grande del primer héroe de la patria? ¿me seria posible presentar á vuestra vista con toda exactitud los inmensos obstáculos que tuvo que arrostrar y que vencer en su inmortal empresa de dar la libertad á un gran pueblo? ¿seria capaz, en una palabra, de hacerlos sentir todo el mérito y la gloria de este hombre extraordinario? Yo bien sé que muchas veces unas rectas intenciones y un corazón verdaderamente agradecido, son suficientes para formar el

panegírico del bienhechor; pero sé también que hay acciones como las de D. Miguel Hidalgo y Costilla, que necesitan para su encomio uno de esos géneros privilegiados que solo dan dos siglos en peso y medida. Por otra parte, ya sé también que hay hoy otro homenaje mucho mas digno á los ojos del héroe: un presente que deberá agradecernos infinitamente mas que unos cánticos de alabanza, que no harian tal vez otra cosa que oprimir su mérito y ofuscar su gloria.

Ya los he dicho, y vosotros sabéis, que desde el dia memorable, cuyo aniversario hoy celebramos, México no ha tenido mas que una vida llena de azares y de inquietudes. Sufrimientos y fatigas, penurias y sacrificios unas veces, terrores y escándalos, males y revueltas continuas, divisiones y guerras fratricidas otras; y últimamente, oprobio y deshonor, vergüenza y vilipendio. ¿Ciertamente que todo esto no ha hecho mas que cegar las fuentes de la felicidad moral y material de nuestra infortunada patria? Y despues del veintiocho años de estar en posesion de la independencian y de la libertad, nuestro pasado está teñido en sangre y cubierto de baldon, nuestro presente vacilante y precario, y nuestro porvenir incierto y nebuloso. ¿Y de qué ha dependido todo esto? No es necesario estar muy instruido en la historia de nuestros desastros para saberlo; ni perderse en profundas y vastas investigaciones. Depende de la falta de virtudes así privadas como públicas. De que no hemos sabido comprender la mision del hombre republicano. De que no nos hemos penetrado de que el carácter del demócrata debe ser un modelo de santidad moral y civil. De que él, mas que ninguno, debe cultivar con esmero la fraternidad evangelica, para darle unidad á su patria, y el respeto á las leyes para darle fuerza y poderío. Depende de que hemos renegado de la primera y hemos pisoteado con descaro las segundas. En una palabra, de que á la primera hemos sustituido el odio y el egoismo, y al segundo la arbitrariedad y el desenfreno. Y siendo esto así, ¿no será una ofrenda mas digna del hombre, que con la independencian quiso darnos la felicidad, indicar el modo de conseguirla á aquellas personas que por su edad y su posicion, serán llamadas muy pronto á regir los destinos de la sociedad? ¿No será mucho mas grato á sus ojos ver convertida en su obsequio esta tribuna, en una cátedra de enseñanza sencilla, modesta y amistosa? ¿No se complacerá mas en la region dichosa donde habita, ver á sus hijos al rededor de un amigo, acofando los medios para llenar unos deberes que bien pronto pondrá la Divina Providencia sobre sus hombros? Yo así lo creo, y con tanta mas razon, quanto que habiendo presenciado ella misma los acontecimientos mas escandalosos é inmórales, los deseos de aquel grande hombre son sin duda, que ella aparte su vista de esos funestos ejemplos, para que reciba y maneje con manos immaculadas el legado precioso que nos

hizo á precio de su sangre. Pero cuales son esos medios? Ya casi lo he indicado, señores: la fraternidad evangelica y el respeto á las leyes. Hé aquí el objeto de mi discurso.

## PRIMERA PARTE.

Quando consideramos atentamente la naturaleza humana, apartando nuestra vista de esas hipótesis estrayagantes en que por desgracia se han querido envolver las cosas mas ciertas y evidentes; nos vemos en la precision de confesar, que el hombre desde el momento en que salió de las manos de su Criador, fué colocado en el mundo para que viviera en compania de los demas hombres sus hermanos. Todo en efecto viene á confirmar esta verdad; y á pesar de los sofismas de la *misanthropia*, la humanidad entera si que creyendo, que el estado del salvaje es un estado de degeneracion, y que esta es un rey destrouado por sus mismos estravios. Dotado de la sublime facultad de la palabra, por medio de la cual despierta, por decirlo así, á los que duermen en el polvo, establece un comercio de dulces relaciones con los que le rodean, y llama la atencion de las generaciones futuras; ella nos indica que no le fué dada por cierto para que rujiera como el leon ni silvara como el tigre en medio de las selvas y de los bosques. Débil en su infancia, impetuoso en su adolescencia é inesperto en su juventud, su debilidad, su impetuosidad y su inespierencia nos manifiestan la necesidad del cuidado y caricias de una madre, de la vigilante sollicitud y mano respetuosa de un padre, y de la cooperacion del hombre avanzado en la carrera de la vida y penetrado lo bastante en los misterios de la esperiencia. Desprovisto de las garras de las fieras y de las uñas punzantes de las aves de rapina, su sangre como dice Séneca, *seria una sangre la mas facil de derramarse; cuantos fuesen los hombres, otras tantas serian las victimas*, si tuviera que vivir aislado, errante como aquellas, y separado de sus semejantes. En una palabra, *sus necesidades, su conformacion fisica y moral, sus facultades* y todo su ser nos muestran evidentemente que el hombre ha nacido para la sociedad. Pero qué resulta de aquí? Lo que es tan obvio como tan natural, lo que nos indica la constitucion de esa misma sociedad, lo que nos persuade ese sentimiento que ha formado la misma naturaleza para estrechar mas íntimamente sus relaciones y sus vinculos; es decir, que no solo debe abstenerse el individuo de todo lo que la pueda perjudicar y destruir, sino hacerle todo el bien posible aun á precio de su sangre: *dulce et decorum est pro patria mori*. Hé aquí señores, el origen de ese sentimiento celestial que en el mayor grado tiene un santuario en los corazones nobles y generosos; de ese gran principio que bien entendido y mejor practicado, debia formar las delicias del género humano: de esa virtud divina que considerada en

el individuo se llama benevolencia ó fraternidad y considerada en la sociedad se llama patriotismo ó amor á la patria. Y en efecto, ¿de qué serviría que el hombre fuese un ser esencialmente social y que Dios en sus bondades lo hubiera destinado para vivir en sociedad, si en esta no pudiese encontrar el bienestar y la dicha? No habria hecho mas en este caso que aumentar sus necesidades, ensanchar la esfera de sus exigencias y complicar sus circunstancias sin proporcionarle los medios de satisfacer ese deseo inmenso de felicidad que abriga en su pecho. Su situacion no seria mejor que la del bruto, que tambien se acompaña con los de su especie para pacer por los campos y para atacar con mayores ventajas á los que el instinto le presenta como sus victimas y su presa. Su estado no seria otra cosa que una nueva combinacion física, una prueba mas de la fecundidad y variedad de la obra esplendente de la creacion. Pero no; si el hombre fué colocado en medio de sus semejantes, ha sido para que llene sus altos y fecundos destinos, para que sea feliz y dichoso y coopere de este modo al cumplimiento de los designios del Autor Soberano de su ser. *Dotado de razon y de libre albedrio, como dicen unos escritores mexicanos, la esfera superior que en el órden de los seres ocupa, lo llama á una vida mas variada; á una existencia llena de animacion y de movimiento. Su estado normal es el progreso, y la perfectibilidad su destino.* Mas como conseguir y llenar todo esto abandonado á sus propias fuerzas, débiles é impotentes en mil ocasiones para vencer los obstáculos y desembarazarse de las trabas? ¿Cómo lograr esa felicidad porque suspira su corazón, y que no pocas veces se encuentra en las manos de sus semejantes, si éstos solo se hiciesen sentir para con él, al presenciar impasibles sus infortunios, ó al hundirlo mas y mas en el abismo de los males? ¡Infeliz humanidad, si la ley suprema fuera la indiferencia y el egoismo! Herido de desgracias á cada paso, abrumado por la adversidad y cargado de miseria, la desesperacion seria su recurso, si no esperara el auxilio de sus semejantes ó estuviera convencido que no inspiraba mas interes en su infortunio que un cerro desgajado por la tormenta ó un arbol despedazado por el rayo. ¡Si la desesperacion seria su recurso, al menos, cuando no tuviera la suficiente virtud para arrojar directamente en brazos de esa resignacion santa, hija del cielo. Rodeado de las espesas tinieblas de la ignorancia y de los vapores de las pasiones, su marcha seria un continuo caer en precipicios, si una mano amiga, depositaria de la ciencia y de la virtud, no le mostrara sus extravíos, indicándole al mismo tiempo la ruta segura para llegar al puerto. Amante de la perfeccion y del adelanto, quedarian frustrados sus deseos y burladas sus esperanzas, si los que debieran cooperar á ella no se encontraran impelidos por un sentimiento irresistible y por una obligacion sagrada de hacer y consumir aquel bien. Por otra parte *¿de qué depende,*

como dice el filósofo citado, *nuestra seguridad y bienestar, si no de los servicios mútuos que nos hacemos?* Ciertamente, solo el comercio reciproco de los beneficios hace la vida cómoda y nos pone en esta lo de defendernos de los insultos y de las invasiones imprevistas. Solo esto nos suministra remedio en las enfermedades, socorro en la vejez, alivio en los dolores y en las pesadumbres. Pero es necesario no alucinarnos. Si existe en el hombre ese sentimiento generoso que lo impele á comunicarse con sus semejantes y á hacerles todo el bien que está en sus manos. Si el Criador al inspirárselo lo apoyó en una precisa obligacion para hacerlo mas fecundo y eficaz, el hombre tambien ha sacado del fondo de su corrupcion y de sus pasiones un sentimiento bastardo, brutal y salvaje: este sentimiento es el egoismo en su mayor latitud: el interes individual mal entendido y en una lucha nociva con el interes general, y con los derechos de todos. Esa pasion formidable, que habiendo jugado en la cuna de las sociedades ha abortado despues esos grandes crímenes y horriblos atentados con que se ha manchado la superficie de la tierra. Pasion hipócrita y alevín tanto mas temible cuanto mas variados son sus modos de presentarse, de atacar y de herir. Sanguinaria unas veces, se ha visto con la cuchilla en una mano y con la tea encendida en la otra destruir los pueblos y las ciudades, inundar sus calles de sangre inocente y devorar con fuego sus edificios mas suntuosos. Insolente y atrevida otras, ha cargado á la humanidad con todo el peso de la tiranía, degradando la inteligencia del hombre hasta el estremo de ponerle precio y venderlo como manadas de corderos. Indiferente y reconcentrada no pocas, ha tenido la calma criminal de presenciar las tropelías de un invasor injusto y osado, cometidas en el seno de la patria, y bastante sangre fría para no conmovirse á la vista de sus angustias mortales, de las convulsiones de su agonía y de las victimas mil, que se ofrecieran generosas en sus aras, para defenderlas de los ultrajes. En fin, insensible y despiadada las mas veces, mira los padecimientos de la humanidad sin alterarse y con un gozo infernal, complaciéndose en sus desgracias y haciéndola el objeto de su maldad, de su odio y de sus sarcasmos. Es un proteo, que se reviste de la forma que crea mas adecuada al ataque y á la consecucion de sus rastreros fines. ¿Cuántas lágrimas se hubieran ahorrado en el mundo, si el averno en medio de sus horrores no la hubiera lanzado sobre la tierra! ¿Cuánto mas puras y menos sangrientas presentaria la historia sus páginas! Aquí mismo, en nuestra patria, en este suelo desgraciado, ¿cuántos males no figurarian hoy en el catálogo de nuestras miserias, si desde que nació nuestra jóven república se hubiera tomado el mayor empeño en combatirla con la opuesta virtud! Porque, decidme, señores: ¿quien sino el egoismo, bajo la careta del espíritu de partido, sembró entre nosotros esa funesta